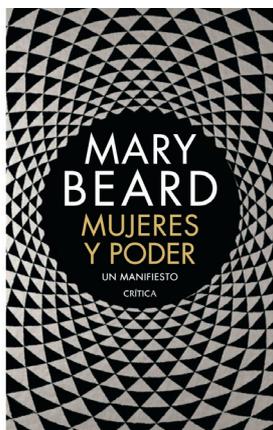


# Mujeres y Poder: un manifiesto

MARY BEARD

CRITICA, Barcelona 2018.  
112 páginas. 11,95 euros.  
ISBN: 9788417067656.



Podría parecer arriesgado, dada la cantidad de siglos que nos separan, trazar una continuidad desde la Antigüedad hasta nuestros días en lo que respecta a cuestiones de género. Son muchas las cosas que han cambiado tanto en el plano institucional como en nuestra concepción de la realidad. No obstante, aún podemos percibir la reverberación de una misma cantinela que parece que no acaba: las mujeres siguen encontrando resistencias para expresarse en la esfera pública y acceder a centros de poder. Mary Beard, en su nuevo libro *Mujeres y poder: un manifiesto*, aborda este problema combinando una mirada feminista y un enfoque histórico sobre la mitología y la literatura

occidental que son muy reveladores. El texto, muy en la línea de la entrada que la catedrática de Cambridge publica semanalmente en *The Times Literary Supplement*, más que presentar la estructura típica de un manifiesto, tiene dos partes bien diferenciadas que corresponden a dos conferencias pronunciadas por Beard en 2014 y 2017.

En la primera parte del texto, la autora analiza cómo se ha venido censurando la voz femenina en público desde los albores de nuestra tradición. El primer canto

de la *Odisea* de Homero, donde el joven Telémaco ordena callar a Penélope afirmando que el relato debe estar en manos de los hombres, ya refleja que el silencio es un deber para las mujeres y que una parte de la construcción de la masculinidad consiste en aprender a silenciarlas. Beard remarca la relación de este momento de la literatura clásica con formas contemporáneas de ningunear las voces femeninas, así como con la represión que sufren las mujeres que sí hablan en público; un buen ejemplo de esto son las amenazas por redes sociales.

Posteriormente, una comedia de Aristófanes sobre un Estado gobernado por mujeres presenta, con tono burlesco, la incapacidad femenina de hablar públicamente con propiedad –Beard se refiere a *La asamblea de mujeres*–. En el mundo romano, Ovidio también ofrece ejemplos de enmudecimiento a las mujeres en su *Metamorfosis*; Ío es convertida en vaca, Eco es condenada a perder su voz, pudiendo solo repetir palabras ajenas, y a Filomela le cortan la lengua para que no denuncie su violación. Así pues, la experta en mundo antiguo señala que la literatura clásica no trata con mucha consideración a las mujeres que toman la palabra en público –bien se las caracteriza como andróginas, bien su voz se tacha de desagradable–, habiendo solo dos excepciones en que las mujeres pueden hablar legítimamente en la esfera política: en calidad de víctimas o mártires y para defender sus intereses sectoriales.

Todas estas referencias diagnostican lo siguiente: no se trata simplemente de que las mujeres no participen en el discurso público, sino que la construcción de la feminidad no contempla el desarrollo de esta competencia, que se considera exclusiva y definitoria de la masculinidad. Nuestra autora señala que aún hoy en día encontramos que el discurso público de la mujer queda relegado a los mismos ámbitos; la legitimidad para hablar en calidad de víctimas o de defensoras de los derechos femeninos se aprecia en los discursos de Emmeline Pankhurst –líder del movimiento sufragista que consiguió el voto femenino en Inglaterra–, Sojourner Truth –activista en pro de los derechos de la mujer y de la abolición de la esclavitud– y Hillary Clinton.

La autora no solo alude a casos de la mitología grecolatina y de la realidad, sino también de la ficción literaria para exponer y ejemplificar el aislamiento de las mujeres de toda esfera de poder, mostrando cómo han sido recluidas y se ha enmudecido su voz. La profesora critica que en pleno siglo XIX el novelista Henry James siguiera afirmando que conceder un relato propio a las mujeres implicaría el riesgo de que el lenguaje derivara en un *balbuceo*, un *batiburrillo*, un *gimoteo*, un *gruñido*, un *ladrido*. Expresiones tales como “estridentes”, “lloriquean” o “gimotean” sirven todavía para desautorizar la palabra de las mujeres, trivializando su contenido y arrebatándoles la capacidad de formar un relato. ¿Hace falta decir que no hay ningún correlato neurológico a partir del cual asociemos las voces graves a una mayor

credibilidad? Como Mary Beard señala, esto ocurre porque hay toda una batería de prejuicios y supuestos muy arraigados en nuestra cultura.

La escritora británica reivindica que debemos hacernos conscientes de cómo aprendemos estos prejuicios que hacen que no escuchemos a las mujeres. De modo que, si queremos progresar, tenemos que hacer un esfuerzo por reconocer “cómo hemos conseguido oír autoridad allí donde la oímos [...] en vez de impulsar a las mujeres a reeducar la voz”, como aprendió a hacer Margaret Thatcher (p. 47).

En la segunda parte del texto, Beard comienza con la siguiente premisa: en nuestro imaginario cultural el modelo de persona poderosa sigue asociado a la masculinidad. Cuando tratamos de imaginar una figura de autoridad, solemos representarnos un hombre, y si queremos pensar en una mujer poderosa, nos la figuramos con rasgos varoniles. La profesora de Cambridge continúa señalando que, no solo es que en nuestro imaginario las mujeres estén excluidas del poder, sino que su acceso al mismo se ve, aunque sea inconscientemente, como una intromisión ilegítima e incluso violenta, de ahí que utilicemos metáforas como “romper el techo de cristal” para referirnos a aquella frontera invisible que impide la entrada a las mujeres en ciertos ámbitos.

De nuevo, Beard encuentra en las tragedias griegas personajes femeninos (Medea, Clitemnestra o Antígona) cuyo ejercicio del poder se considera una usurpación. Además, las mujeres poderosas de la Antigua Grecia no cumplen con el estereotipo de feminidad, sino que son presentadas como mujeres *sui generis*; un buen ejemplo de esto es el personaje de Clitemnestra en el *Agamenón* de Esquilo, quien durante su regencia deja de ser mujer. Asimismo, los relatos de la Antigua Grecia ponen de relieve que el ejercicio de poder femenino siempre trae consecuencias nefastas; así, las amazonas son presentadas en la mitología griega como una auténtica amenaza para los hombres y para la civilización. La autora inglesa menciona otros ejemplos en los que la autoridad femenina parece presentarse con una cara más amable, como la figura de la diosa Atenea. No obstante, esta tampoco puede considerarse un referente positivo de poder femenino, toda vez que los caracteres que se le atribuyen no son en absoluto de mujer: viste atuendo de guerrero, profesión que estaba reservada a los hombres, y es virgen, es decir, está desvinculada de la maternidad, función intrínsecamente asociada a las mujeres.

Por otro lado, la imagen de Medusa supone la reafirmación del dominio masculino que violentamente se impone a la mujer. En el arte moderno tenemos la estatua de Benvenuto Cellini que representa a Perseo sosteniendo la cabeza de Medusa mientras pisa su cadáver. Hoy son muchas las mujeres políticas que han visto su rostro superpuesto en reproducciones de la Medusa decapitada, como Angela Merkel o Theresa May. La utilización más flagrante sería la que hicieron los partidarios

de Trump, representando a éste como Perseo con la cabeza decapitada de Hillary Clinton transformada en Medusa. La imagen de Hillary-Medusa se convirtió en todo tipo de *merchandising* propagandístico de los seguidores de Trump, con la normalización de violencia de género que esto implica. Cabe decir que con este potente ejemplo la profesora termina de convencer al lector de la influencia que aún tienen los referentes clásicos en la cultura occidental.

Con respecto al planteamiento práctico para resituar a la mujer dentro de la esfera del poder, en opinión de Beard se debe distinguir una perspectiva individual y una general. Las mujeres que han accedido al poder a menudo han transformado símbolos que suponen una merma de poder en una ventaja a su favor. Esto puede servir en un plano individual, pero los asuntos generales no van a resolverse con tales trucos. Aunque haya habido grandes cambios que siguen progresando hoy en día, la catedrática de Clásicas del Newnham College no considera que la paciencia sea la mejor estrategia. Nos dirá que “hemos de reflexionar acerca de lo que es el poder, para qué sirve y cómo se calibra, o dicho de otro modo, si no percibimos que las mujeres están totalmente dentro de las estructuras de poder, entonces lo que tenemos que hacer es redefinir el poder” (p. 85).

La autora señala que numerosos estudios apuntan a que una mayor participación de mujeres en los parlamentos deriva en la promoción de políticas sobre cuidados, igualdad salarial o violencia de género. No obstante, Beard muestra su preocupación por que estas cuestiones sean entendidas meramente como “temas de mujeres” o que sean las cuestiones principales por las deseamos mayor presencia femenina en la política. Además de ser una pérdida para todos prescindir de los conocimientos de las mujeres en cualquier área, sencillamente es injusto que queden al margen. Si ello implica que los hombres pierdan cuotas de participación en los congresos, la polémica autora declara estar dispuesta a mirar de frente a esos hombres.

Desde la que parece una perspectiva sustancialista del poder, la investigadora del mundo clásico apunta que este sigue siendo un tipo de propiedad privada reservada a unos pocos individuos. Y en estos términos, el sexo femenino lo tiene más difícil para participar de él, pues supone tener que adentrarse en una estructura que está codificada masculinamente. Debemos, sugiere, cambiar la noción misma de poder: pensarlo como colaboración y no como liderazgo, esto es, “como atributo o incluso como verbo (“empoderar”), no como una propiedad” (p. 88). En este punto se puede objetar a la autora que sería más provechoso identificar el poder como algo permeable que, además, se sirve de mecanismos simbólicos para garantizar su efecto.

Mary Beard finaliza su libro invitando al lector a encontrar más ejemplos de ataques a mujeres en las redes sociales, desmesurados en comparación con los que reciben los hombres en las mismas circunstancias al cometer errores similares. Dichos

ataques a las mujeres van más en la línea de comentarios desagradables sobre su físico o su edad que en relación con el contenido de sus publicaciones. Para concluir, se puede decir que este texto pretende dar pie a una reflexión mayor para cambiar esta situación que, en gran medida, dependerá del reconocimiento colectivo de los esquemas patriarcales que han marcado nuestra cultura. Aunque no todo remita al mundo clásico, la profesora ha querido presentar los posos que han quedado de aquella cultura en nuestra sociedad actual. El gran mérito de la autora es traer a colación numerosos ejemplos que sirven para arrojar luz sobre estas problemáticas que nos son tan familiares. Dado su carácter divulgativo y tono ameno, *Mujeres y poder: un manifiesto* es un buen libro para iniciarse en lecturas feministas.

CAROL HANDLEY SABIO,  
CARMEN MARÍA PEINADO ANDÚJAR  
Y ANA PÉREZ PERALES

